

Capítulo 16 del libro

Qué fue lo que el Buda descubrió

Por [Mágnun Astron](#)

BUDA: El Perfecto Iluminado

El Sol, como de costumbre, despertó a todos los seres de la Tierra... **menos a uno.**

El cuerpo de Buda vegetaba y se encontraba en un extraño éxtasis o shock del cual le era imposible reanimarse por sí mismo.

No obstante su alma escuchaba el murmullo de los átomos y el tronar de las galaxias. Pocas horas le faltaban para morir, y realmente la historia hubiera terminado aquí, si no hubiese sido por una delicada y misteriosa mano que golpeaba suavemente las mejillas del santo, al mismo tiempo que una dulce pero impaciente voz le gritaba:

— ¡Despierta mendigo o morirás!

Buda había llegado a las cumbres de la inmortalidad, había entrado en el Nirvana. Abrió los ojos y vio a una humilde pastora quien, desesperada, trataba de reanimarlo y lo miraba fijamente.

Por espacio de cuatro días había visitado al enigmático harapiento. Ella sabía que no se trataba de un malvado porque la tez del infortunado mendigo reflejaba nobleza y su rostro era de varonil belleza.

En esos días ella había guardado en su corazón un cargamento de madrugadas y crepúsculos, y su alma se había estremecido con las tempestades lejanas que sacuden el mundo del amor.

La hermosa pastora le ofreció agua de coco, bananas y miel alimentos los cuales Buda, sin poder aún expresar palabra, las aceptó necesitado. Difícilmente pudo ingerir el alimento.

Transcurrió un buen rato antes que pudiese mover sus piernas y más tarde se incorporó ayudado por la fiel aldeana quien ardía en curiosidad por saber de él.

Buda espontáneamente dio las gracias a la mujer quien aprovechó el momento para preguntarle:

— ¿Cómo te llamas buen hombre?

—**Sidarta.**

— ¡OH! Llevas el mismo nombre del hijo del poderoso rey dueño de toda esta comarca y de cuanto ven los ojos.

¿Conoces al príncipe? —Preguntó Buda.

—Yo no, pero ese privilegio lo tuvo mi padre. Lo conoció en unas reñidas competencias con otros príncipes en las cuales siempre triunfó. Lo supo todo el mundo.



—Cuentan que mil princesas querían ser sus esposas y solo una diosa llamada **Yasodara** mereció ser la dueña de su corazón.

—Dicen que iba a ser un gran rey, el cual le ayudaría a los pobres, terminaría con la esclavitud y las guerras ya que tenía un corazón tan grande como el cielo.

— **¿Y dónde se encuentra ese príncipe fabuloso? —Preguntó Buda.**

—Dicen —Comentó la pastora— que a los dioses malos no les convenía que él gobernase el mundo y lo escondieron en una caverna desconocida protegida por dos dragones... y allí murió.

— ¡Yo! —Exclamó la aldeana— hubiese dado mi vida por haberlo conocido. ¡Ah! Cómo son las cosas de la vida. Él, quien fue tan rico y privilegiado, y tú, que no posees nada, y a ambos les dieron el mismo nombre. ¿Por qué meditas? —Terminó preguntando la aldeana.

—Porque en el viaje que más se aprende es en aquel que se realiza al interior de uno mismo; por ello la meditación es el ojo del alma que descubre las cosas del Espíritu.

— ¿Y alcanzaste a descubrir algo buen mendigo?

— **¡Sí! Descubrí las causas que producen el nacimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte.**

— ¿Y para qué sirve tu descubrimiento?

—**Sirve para evitar el nacimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte. Esto es llegar al Nirvana.**

—Pero ¿qué significa eso? —Insistió la joven.

—Significa el fin del sufrimiento.

La joven le sonrió con vivo anhelo pero no estaba preparada para comprender la profundidad de aquellas sabias palabras y le hizo una última pregunta acompañada de un comentario:

—Buen hombre, ¿por qué no encuentras, más bien, la manera de cómo puedo ser feliz?

—Siempre he vivido en el campo y envidio a las jóvenes que todo lo tienen en la rica ciudad de Kapilavastú. Pueden ver de lejos a los príncipes. Las envidio mucho.

—Nunca envidies —le respondió Buda—. Nadie que tenga cuerpo es digno de envidia; porque el tiempo mata lenta y dolorosamente todo lo que en sus manos cae.



—El poder y la belleza son dos fugaces relámpagos que sólo dejan ruidos y sombras. Todas las glorias de los reyes se esfuman en un vapor de olvido. Además, quien dentro de sí logra ser su propio rey, no envidiará a ningún reino de la Tierra.

—No sabes tampoco de las tristezas tan profundas que pueden abatir los corazones de quienes tienen posesiones sin límite.

—Te aseguro, noble mujer, que aun la diosa llamada Yasodara quisiera estar en tu posición; y, si supieses el dolor tan inmenso que martiriza su alma, no desearías ser ella ahora.

— ¡OH!, pobre mendigo que mal te llamas Sidarta. El hambre y la debilidad te han trastornado. Aun deliras y dices cosas absurdas; lo mejor es que te alimentes un poco más.

El Iluminado aceptó y, cuando hubo terminado con los cuajos de leche y miel, le dijo:

—Joven mujer, eres bondadosa pero aún no me has dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—**SUJATA** es mi nombre.

En contraste con el estado en que se hallaba Buda, la caritativa mujer, de lasciva cabellera, adornada con exóticos atuendos, se encontraba acicalada y perfumada; parecía una flor silvestre.

El fuego de la juventud y el deseo ardían en su corazón. Sonriendo de nuevo, le preguntó:

—Joven Sidarta, ¿eres feliz?

—No —le contesto.

-¿Por qué no lo eres?

—Porque me falta la felicidad de los demás, respondió el Iluminado.



— ¡Eso es!— afirmó Sujata— te aburres porque te encuentras solo y sin amor.

—No estoy solo —le respondió el santo—,La Naturaleza me habla cuando canta el pájaro, me ama cuando me acaricia el viento y me expresa su alegría en la sonrisa de las flores.

—Noble Sujata —le dijo finalmente—: Eres como una gota de rocío que tiembla sobre la hoja de la vida. Te doy gracias en nombre de millones de seres; me has vuelto a la vida.

—Debes saber que no hay bien que no se quede sin recompensa pues la felicidad sigue al bueno como la carreta sigue los pasos de buey. En cambio quien no aporta algo a la humanidad sus ruegos al cielo le serán inútiles.

—Ojalá que algún día yo pueda retribuir tu meritoria obra. Mas, ahora, regresaré a Uruvilva donde sé que me esperan mis compañeros para iniciar una gran misión con el credo que me nutre.

— ¡Oh! Tú no puedes hacer eso, —le dijo alarmada Sujata y le advirtió—:

—Te encuentras muy débil y probablemente saldrás del bosque pues allí ruedan frutos por el suelo, pero en la llanura de la muerte morirás de hambre.



Además hay enormes **fieras negras** que pueden devorarte. “Por favor”, no te alejes de mí.

CRUEL PARTIDA

La única enfermedad del Iluminado era el hambre. Por sus venas corría sangre guerrera y reaccionaba maravillosamente

al buen alimento.

Buda, aún tambaleante, partió desatendiendo las súplicas de la pastora la cual, aun desde lejos, le gritaba:

— ¡Regresa, Sidarta, aquí encontrarás tu felicidad! Yo te cuidaré, dejarás de ser un sucio mendigo, mi padre es rico y te proporcionará un trabajo. **¿Acaso no te has dado cuenta que soy joven y bella?**

Buda desapareció en la floresta umbría y la mujer rompió a llorar desconsoladamente. Todo corazón tiene su propia pena; pero la punzada que recibió Sujata fue profunda como el mar.

Los cristales de sus lágrimas reflejaron el lenguaje de su alma, y, únicamente el cielo, conoció el dolor imponderable de su amoroso corazón.



Sujata figura como una santa en el panteón budista. Su imagen esta presente en muchos templos orientales.